Identidades subterráneas

Joan, Alex y el feminismo de clóset

BRUNO BARTRA

Hace un cuarto de siglo, cuando los programas de *chat* apenas iniciaban y la Internet era un concepto ambiguo recién lanzado al público, un peculiar personaje comenzó a crear los primeros foros virtuales de reflexión feminista sobre la condición de la mujer. Se trataba de Joan Sue Greene, una mujer paralítica que había sufrido años atrás un fuerte accidente automovilístico a causa del cual, además de perder a su esposo, había quedado confinada a una silla de ruedas y había perdido la capacidad de hablar debido a la desfiguración de su rostro.

Hacia finales de 1982, Joan ingresó a la comunidad CB, el primer sistema de *chat* en Estados Unidos, creado por la compañía Compuserve. En un principio, se desenvolvía bajo el tímido nombre de Quiet Lady, pero al poco tiempo acaparó la atención de gran parte de las usuarias, que constantemente hablaban con ella en cuartos de *chat* privados, le confesaban sus penas y le pedían consejo; fue así que tomó el nombre de Talking Lady, y comenzó a crear los foros de discusión mencionados.

Sus ideas liberales, su intrepidez —había recorrido Islandia para acabar con su agorafobia— y el hecho de que a pesar de su estado fumara casi cada noche un cigarro de marihuana despertaban el interés de sus compañeras de *chat*: Joan admitía que si se encontraban algún día por la noche correrían el riesgo de hallarla un tanto "pacheca". Sin embargo, la mujer discapacitada se negaba a conocer en persona a sus amigas cibernéticas: prefería permanecer en su departamento de Nueva York, por pena a que conocieran su aspecto.

"A través de sus intensas amistades y (en algunos casos) sus romances en línea, cambió la vida de docenas de mujeres", dijo Lindsy Van Gelder en un artículo escrito en 1985 para la revista feminista de vanguardia *Ms.*, en el cual narró la historia del personaje.

La felicidad pareció llegar a todas las mujeres del foro cuando Joan conoció al ex policía Jack Carr, quien logró distinguir el impactante ser interior de esta mujer más allá del físico trasquilado y se enamoró de ella. La luna de miel se efectuó tiempo después —en Chipre—, y Joan había regresado a inicios del siguiente año radiante de felicidad, pese al rencor que podía generar en la familia de su nuevo esposo.

"Se enamoraron, lo cual molestó a la madre de Carr, que sentía que su hijo estaba tirando su vida a la basura", describía Van Gelder.

Varias amigas de Joan se habían superado con su ayuda, y había una plena comunicación entre ellas; incluso Marti Cloutier había decidido estudiar a una edad avanzada y, ante el terror de su primer ensayo para la universidad —sobre psicología de personalidades múltiples—, Joan la había animado aun más, tanto que había logrado obtener la calificación más alta.

Hacia mediados de 1983, Joan le comentó a sus amigas que había conocido a través del *chat* a un hombre maravilloso, llamado Alex, y gustosamente se los presentó: aunque muchas de ellas no se interesaron, Janis Goodall sí tuvo una química instantánea con él y, al poco tiempo de conocerse, tuvieron un breve y tórrido romance en Nueva York.

Goodall regresó a Berkeley —después de que Alex le hubiera pagado el pasaje—, con la única desilusión de no haber podido conocer a Joan, quien se mantenía rejega a que la vieran en persona. Sin embargo, una vez en el *chat*, Joan habló horas con Goodall sobre los días intensos que había pasado con Alex.

Fue entonces que Joan se enfermó gravemente, al grado que terminó en el hospital: sus amigas, consternadas, le preguntaban a Alex todo el tiempo sobre la salud de su confidente, hasta que él tuvo que darles el dato del hospital en que se hallaba convaleciente la amiga en común.

Cuando una de las amigas llamó por teléfono al lugar y le informaron que no existía ninguna persona con el nombre de Joan, comenzaron a surgir múltiples dudas y preocupaciones, hasta que Alex reveló la verdad: Joan no existía, sino que era él mismo.

A finales de 1982 Alex, bajo el seudónimo de "Shrink, Inc." (Psicólogo, Inc.), había ingresado al CB y, cuando una mujer creyó que él era del sexo femenino, notó que así resultaba mucho más íntimo el intercambio; fue entonces que adoptó la identidad y creó la historia de Joan.

La actitud de inmediato cambió, y gran parte de las mujeres incluso admitieron en el artículo escrito por Lindsy Van Gelder que extrañaban a Joan: sentían como si su amiga realmente hubiera muerto y le guardaban luto. Ninguna de ellas quiso conocer a Alex en persona.

El exótico experimento no sólo fue pionero en la creación de múltiples identidades a través de la red —hoy es práctica común que la gente plasme su súper ego en línea. Sirvió para cuestionar y traer a debate las relaciones de género en el mundo tangible. Pese al engaño y la desfachatez, el caso reivindicó el rol social de la mujer. ~

Lindsy Van Gelder, "The Strange Case of the Electronic Lover", en *Ms.*, octubre de 1985 (tomado de www.sscnet.ucla.edu).